

Cooperación trilateral Sur-Sur al desarrollo: por una descolonización de la solidaridad

Trilateral South-South cooperation for development: towards a decolonisation of solidarity

Gisela Carrasco Miró

Investigadora, Netherlands Research School of Gender Studies, Universidad de Utrecht.
giselacarrasco@gmail.com

Resumen: La cooperación trilateral Sur-Sur al desarrollo (CTSS) ha generado un gran debate sobre si estas alianzas constituyen un nuevo paradigma para el desarrollo o solo son un disfraz para una nueva forma de imperialismo. Más allá de las categorizaciones, este artículo muestra una imagen más matizada y examina el enfoque de solidaridad de la CTSS, esto es, la naturaleza intrínsecamente política del desarrollo y las relaciones de poder desiguales presentes en su seno. A partir del Memorando de Entendimiento (MdE) de CTSS entre Brasil, Mozambique y el Banco Mundial, se analizan las narrativas del desarrollo agrícola y los imaginarios sociales que lo sustentan, a fin de comprender mejor los patrones y motivaciones de solidaridad. Al constatar la lógica colonial, capitalista y patriarcal que se mantiene en el concepto de solidaridad utilizado en el marco actual de desarrollo, este artículo sugiere descolonizar dicho concepto.

Palabras clave: cooperación trilateral Sur-Sur, desarrollo, solidaridad, Brasil, Mozambique, Banco Mundial

Abstract: *Trilateral South-South Cooperation (TSSC) for development has generated great debate over whether these alliances constitute a new paradigm for development or merely disguise a new form of imperialism. Beyond categorisations, this paper presents a more nuanced image and examines the focus of TSSC solidarity, specifically, the intrinsically political nature of development and the unequal power relations at its heart. Starting with the TSSC memorandum of understanding (MoU) between Brazil, Mozambique and the World Bank, the narratives are analysed of agricultural development and the social imaginaries that support it in order to better understand the patterns and motivations of solidarity. By showing the colonial, capitalist and patriarchal rationale that persists in the conception of solidarity used in the current development framework, this paper proposes the decolonisation of this concept.*

Key words: *trilateral South-South cooperation, development, solidarity, Brazil, Mozambique, World Bank*

La arquitectura global de la ayuda internacional se encuentra actualmente en un proceso de rediseño significativo, siguiendo los acuerdos alcanzados en el IV Foro de Alto Nivel sobre Eficacia de la Ayuda (FAN4), celebrado en Busan (Corea del Sur), en noviembre de 2011¹. El foro y su declaración establecieron por primera vez un marco mundial acordado para la cooperación al desarrollo que abarca desde los patrones de ayuda tradicionales (Norte-Sur) y las llamadas «potencias emergentes» –Brasil, la Federación Rusa, India, China y Sudáfrica–, hasta cooperadores Sur-Sur, los patrocinadores privados y las organizaciones de la sociedad civil. En la actualidad, el discurso y la práctica oficial del desarrollo (en adelante denominado «el desarrollo») se complementan con discusiones respetuosas sobre nuevas asociaciones para el desarrollo que ponen de relieve y manifiestan un «*espíritu de solidaridad* mundial fortalecido y centrado, en particular, en las necesidades de los más pobres y vulnerables y con la participación de todos los países, todos los socios y todas las personas» (UN, 2015: 6, énfasis añadido)². La cooperación trilateral Sur-Sur al desarrollo (CTSS) surgió en este contexto de cambio y, por consiguiente, apoya una nueva arquitectura de solidaridad dentro de la ayuda internacional y el desarrollo.

La CTSS tiene como premisa un compromiso de solidaridad entre los países del Sur Global basado en el aprendizaje mutuo, los beneficios conjuntos y el logro de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible (en adelante denominada «Agenda 2030») con el imperativo de «no dejar a nadie atrás» (ECOSOC, 2017; UN, 2015). La CTSS generalmente implica una relación de desarrollo en la que un donante del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) y/o una agencia multilateral (por ejemplo, el Banco Mundial) se asocia con un país emergente llamado «oferente» (por ejemplo, Brasil) para trabajar con un tercer país (receptor) «socio» (por ejemplo, Mozambique). Mientras que ejemplos previos de CTSS se remontan al menos a la década de 1980 (Amanor y Chichava, 2016), en los últimos cinco años, aproximadamente, el interés en la CTSS se ha acelerado: el perfil, la cantidad y los recursos financieros asociados a las actividades de CTSS en todo el mundo se han multiplicado (véase IFAD, 2016). Incluso los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) –adoptados en 2015 por Naciones Unidas– subrayan la importancia de la CTSS para la implementación de la Agenda 2030 a nivel mundial. El Objetivo 17 –Fortalecer los medios de ejecución y revitalizar la Alianza Mundial para el Desarrollo Sostenible– hace especial hincapié en el

-
1. Organizado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Gobierno de Corea del Sur y la Asociación Latinoamericana de Organizaciones de Promoción al Desarrollo (ALOP).
 2. Todas las citas literales cuya referencia original está en un idioma distinto del castellano son una traducción de la propia autora.

papel fundamental de la CTSS en el logro del desarrollo sostenible (UN, 2015). Esto demuestra claramente cómo la CTSS está remodelando el panorama actual de la ayuda al desarrollo.

Aunque la CTSS se aplica a una amplia gama de áreas, se centra principalmente en el desarrollo agrícola (Shankland y Gonçalves, 2016; WFP, 2016), un área ignorada por los donantes occidentales, ya que sus intervenciones se han focalizado fundamentalmente en la «buena gobernanza» y los derechos humanos (Scoones *et al.*, 2016). Es en este sentido que la CTSS ha desafiado las narrativas occidentales hegemónicas y paternalistas de la ayuda para el desarrollo. A medida que la CTSS crece en importancia y la Agenda 2030 –con la CTSS como su buque insignia– cobra impulso, va creciendo, sin embargo, una preocupación entre las organizaciones de la sociedad civil, académicos, ONG, activistas y comunidades del Sur porque la CTSS pueda estar siendo impulsada y beneficiando a las élites y corporaciones del Sur y del Norte, en lugar de crear alianzas genuinas y de solidaridad en beneficio de los más vulnerables y del planeta en general. En los últimos años, varias iniciativas de

CTSS de desarrollo han sido acusadas de precipitar el acaparamiento de tierras, desplazamientos forzados, violaciones de los derechos humanos y degradación medioambiental (Cheru, 2016; Clements y Mançano, 2013; Human Rights Watch, 2014). Esto plantea preguntas sobre cómo y si es posible garantizar que los objetivos declarados del enfoque de solidaridad de la CTSS –es decir, aliviar la pobreza y «no dejar a nadie atrás»– se hagan realidad.

Algunos autores han argumentado que las *nuevas* colaboraciones para el desarrollo son simplemente máscaras para una nueva forma de imperialismo; no obstante, es demasiado simplista decir que la CTSS es meramente un colonialismo con nuevos jugadores. Si bien indudablemente existen ecos del pasado, la CTSS se desarrolla en un nuevo contexto geopolítico y ecológico, aunque sigue operando a través de ejes patriarcales y racistas, así como de las microprácticas y escalas locales de desarrollo en el terreno. Asimismo, la ayuda al desarrollo, junto con el comercio y la inversión, se consideran cada vez más como dimensiones interrelacionadas (en lugar de separadas, como en las modalidades de ayuda tradicionales), y la combinación de estos factores constituye ahora la nueva política de cooperación para el desarrollo (Pérez, 2017; Scoones *et al.*, 2016). En muchos casos, las fuentes de financiamiento son globales, y la estructura de las corporaciones y las alianzas están conectadas de maneras que problematizan cualquier asociación directa con estados-nación específicos (Amanor, 2013). Al mismo tiempo, por primera vez

La CTSS se desarrolla en un nuevo contexto geopolítico y ecológico, aunque sigue operando a través de ejes patriarcales y racistas, así como de las microprácticas y escalas locales de desarrollo en el terreno.

en la historia, la humanidad está excediendo los límites físicos del propio planeta, poniendo a este y a sus habitantes en peligro (Klein, 2014). Sin embargo, una cantidad significativa de las políticas contemporáneas sobre ayuda y desarrollo –incluidas las relacionadas con donantes (re)emergentes y la CTSS– es generalmente reacia a desafiar explícitamente la naturaleza intrínsecamente política del desarrollo, es decir, el hecho de reconocer sus dinámicas de género y raciales, así como las relaciones desiguales de poder entre los diferentes actores implicados. Existen factores claramente sociales, políticos, culturales y económicos en el corazón del desarrollo (Escobar, 1995 y 2016; Kapoor, 2008) y la CTSS (Scoones *et al.*, 2016), pero estos no son uniformes ni incuestionables. Por lo tanto, la CTSS y su enfoque solidario deben analizarse en este marco de patrones cambiantes respecto a la ayuda al desarrollo, el comercio y la inversión, las políticas de desarrollo –con énfasis en los ejes de cultura, género y raza–, así como las relaciones capitalistas bajo el gobierno corporativo global.

En este contexto, este artículo examina hasta qué punto la CTSS está creando, por una parte, más ámbitos y espacios para que surjan solidaridades en todo el mundo –ya sea que se generen paradigmas de solidaridad basados en la justicia y la igualdad o que se favorezcan a las personas empobrecidas–; o, por la otra, en cambio, está generando más dependencia en la acumulación capitalista y la competencia en el Sur Global y, de este modo, reforzando estructuras fundamentalmente injustas. A partir de la firma en mayo de 2017 en Mozambique del Memorando de Entendimiento (MdE) de CTSS sobre desarrollo agrícola sostenible entre Brasil, Mozambique y el Banco Mundial, en primer lugar, se analizan las narrativas agrícolas de desarrollo e imaginarios sociales en el Corredor de Nacala en el país africano, a fin de comprender mejor los patrones y motivaciones que subyacen en este acuerdo y poder reflexionar sobre el enfoque de solidaridad de la CTSS. En segundo lugar, y en este marco, se examina quién tiene la responsabilidad de los resultados y riesgos de los proyectos de CTSS de desarrollo agrícola en el Sur Global, a partir del análisis de los diversos roles desempeñados por las organizaciones de la sociedad civil en Brasil y Mozambique, las corporaciones y los *socios* de desarrollo como Naciones Unidas y el Banco Mundial. En tercer lugar, se realiza un estudio crítico del enfoque de desarrollo sostenible en el que está integrada la CTSS y se pone de relieve el conflicto insoluble entre capital y vida implícito en el mismo. Se sostiene que el concepto de solidaridad actualmente utilizado en los discursos y práctica de desarrollo reinscribe lógicas coloniales, capitalistas y patriarcales, y opera para oscurecer las narrativas de complicidad y colonización en curso. En cuarto lugar y por último, se ofrecen unas reflexiones finales en las que se afirma que es posible, sin embargo, articular una forma de solidaridad que esté comprometida con la descolonización y justicia social, por lo que se proponen algunos parámetros para centrar la sostenibilidad de la vida en todas sus manifestaciones.

Narrativas de desarrollo agrícola e imaginarios sociales en el Corredor de Nacala

En mayo de 2017, el Banco Mundial (BM) patrocinó la colaboración Sur-Sur entre Mozambique y Brasil en un acuerdo de CTSS para «mejorar el desarrollo rural sostenible» en Mozambique (WB, 2017: 1). Con ese fin, se firmó un nuevo Memorando de Entendimiento (MdE) entre Brasil, Mozambique y el BM, que abarca «una amplia gama de cuestiones relacionadas con la gestión de la tierra y la biodiversidad en forma de apoyo financiero y técnico para varias operaciones» (ibídem). Según los datos del BM disponibles en su sitio web oficial, los costos totales estimados de estos proyectos son de aproximadamente 131,1 millones de dólares durante los próximos cinco años; y los mismos se desarrollan principalmente en el Corredor de Nacala, las provincias de Niassa, Nampula y Zambézia en el norte de Mozambique. Mark Lundell, director de país del BM para Mozambique, Comoras, Madagascar, Mauricio y las Seychelles, declaró durante la firma del MdE que la estrategia general del BM enfatiza «la mejora de la calidad de vida del 20% más pobre de la población», una gran parte de la cual, afirmó, vive en áreas rurales en Mozambique y Brasil. «Por lo tanto, la agricultura, manejo de bosques y gestión de la tierra son sectores clave para alcanzar los objetivos del Banco» (ibídem).

Las suposiciones optimistas del BM chocan con las afirmaciones actuales de varias organizaciones locales e internacionales de la sociedad civil, ONG, académicos y campesinos con respecto a proyectos activos y propuestos de desarrollo de agronegocios en el Corredor de Nacala. Estas organizaciones denuncian dichos proyectos con el argumento de que despojan a los y las agricultoras locales de sus tierras y solo benefician a corporaciones extranjeras, así como a la élite mozambiqueña (People's Declaration, 2017; Shankland y Gonçalves, 2016). En el contexto de Mozambique, las tensiones que rodean a las coaliciones de agronegocios llegan a un punto crítico en el controvertido Programa de Desarrollo Agrícola de la Sabana Tropical en Mozambique (ProSAVANA). Este es el proyecto de desarrollo agrícola más grande de Brasil en África y su objetivo principal es «modernizar la agricultura mozambiqueña» (Clements y Mançano, 2013: 53). Esta CTSS entre Japón, Brasil y Mozambique –que cuenta con el apoyo del BM– ha engendrado la campaña internacional «No a ProSAVANA» (People's Declaration, 2017). La campaña acusa a ProSAVANA de ser un plan de negocios para la adquisición corporativa de la agricultura en Mozambique y la mayor apropiación de tierras en África (JA! Justicia Ambiental, 2013; People's Declaration, 2017). Para poder construir una comprensión clara de los patrones y las motivaciones subyacentes en el MdE Brasil-Mozambique-BM, es impor-

tante analizar la conexión entre la cooperación agrícola brasileña con Mozambique en el pasado y en el presente; específicamente, cabe observar cómo Brasil y Mozambique –y sus socios de desarrollo, tales como el BM y Naciones Unidas– entienden su lugar en un contexto de desarrollo agrícola global más amplio. Con este fin, la siguiente subsección explora las narrativas detrás de estos patrones, así como su principio general de solidaridad común.

Narrativas de la agricultura y el desarrollo: tierras sin cultivar y la gestión ineficiente del capital natural

La crisis financiera de 2007-2008, junto con el aumento en los precios de los productos básicos agrícolas que caracteriza a las últimas décadas, alimentó la prisa por encontrar oportunidades seguras de inversión para el capital disponible. En este proceso, la tierra y la agricultura emergieron como una «clase de activos» y se volvieron gradualmente atractivos (Ouma, 2014). Esto causó una preocupación generalizada con respecto a una «fiebre global por la tierra» (OXFAM, 2012) por parte de los inversores, centrada especialmente en África (Scoones *et al.*, 2016). En este contexto, a través de sus servicios de asesoramiento, el BM –la organización de desarrollo más grande del mundo con una cartera de miles de millones de dólares y que ejerce una gran influencia tanto en el sector privado como en los gobiernos– ha difundido narrativas de desarrollo agrícola que alienan a los gobiernos a poner tierras disponibles fácilmente para los inversores. Esta institución, por lo tanto, no solo financia muchas grandes transacciones de tierras en África (OXFAM, 2012), sino que también influye en cómo se compra y se vende la tierra.

Los datos recopilados en el informe del BM de 2011 «Rising Global Interest in Farmland» muestran la «disponibilidad potencial [de tierra] no cultivada» (WB, 2011: xxxiv) concentrada en África Subsahariana y América Latina. Hoy, el BM –así como otras instituciones, como la FAO– siguen siendo muy optimistas sobre la intensidad de este interés y sostienen que, si se ejecutan de manera responsable, las inversiones en desarrollo agrícola resultarían en un escenario de beneficio mutuo al aumentar la productividad y creación de empleos en países ricos en recursos naturales, pero pobres en capital. La CTSS, por consiguiente, se posiciona aquí como un «instrumento efectivo» de solidaridad, capaz de hacer que se cumpla este escenario al mismo tiempo que contribuye a la Agenda 2030 entre los países del Sur Global (ECOSOC, 2017: 1). Respecto al MdE Brasil-Mozambique-BM, Mark Lundell declara: «Este MdE subraya el compromiso del Banco Mundial de apoyar a Brasil y Mozambique a desarrollar su potencial en desarrollo rural a través de un enfoque paisajístico de gestión sostenible de

recursos naturales por ejemplo en silvicultura y agricultura» (WB, 2017: 1). Usando la narrativa de un «enfoque paisajístico» para «gestionar la tierra, el agua y los recursos forestales, que forman los cimientos –el capital natural– para cumplir los objetivos de los países en seguridad alimentaria y crecimiento verde inclusivo» (Treguer y Pehu, 2014: 7), el BM afirma que las inversiones en desarrollo agrícola en Mozambique impulsarán la productividad agrícola y servirán como motor para impulsar el desarrollo económico (ibídem; WB, 2017).

Sin embargo, al alentar la inversión extranjera en tierras que se consideran «potenciales» o «no utilizadas», estas políticas han permitido la incautación de tierras que las comunidades locales han utilizado y administrado de manera sostenible de acuerdo con sus propias cosmovisiones y tradiciones durante siglos. Para los y las afectadas, estos acuerdos sobre la tierra realizados en nombre del enfoque de desarrollo de solidaridad común –el intercambio de conocimiento, el beneficio mutuo y el desarrollo sostenible (UNOSCC, 2018)– han sido nada menos que un descarado acaparamiento de tierras (JA! Justicia Ambiental, 2013; People’s Declaration, 2017), que resulta en despojo territorial, conflictos socioterritoriales, violaciones de derechos humanos, violencia epistémica, polarización de la relación entre una pequeña élite muy rica versus las personas empobrecidas, y un desgaste ambiental (Human Rights Watch, 2014; OXFAM, 2012), lo que deja al país (receptor) más empobrecido económica, social, cultural y políticamente.

Las políticas de desarrollo, lejos de ser objetivas y neutrales, o actos de una autoridad experta tecnocientífica que puede trasladarse a cualquier parte del mundo, son siempre artefactos culturales.

Las políticas de desarrollo, lejos de ser objetivas y neutrales, o actos de una autoridad experta tecnocientífica que puede trasladarse a cualquier parte del mundo, son siempre artefactos culturales (Kapoor, 2008). Surgen de un tiempo y un lugar, y se enmarcan bajo narrativas y restricciones particulares. Como señala Escobar (1995: 41), «el desarrollo ha funcionado como una práctica discursiva que establece las reglas del juego: quién puede hablar, desde qué puntos de vista, con qué autoridad, y de acuerdo con qué criterio de experiencia; establece las reglas que deben seguirse para que este o aquel problema, teoría u objeto surjan y sean nombrados, analizados y eventualmente transformados en una política o un plan». En otras palabras, el desarrollo establece los parámetros de lo que significa ser rico o pobre, desarrollado o subdesarrollado, y quién aprende de quién. En este sentido, los movimientos campesinos e indígenas que se pronuncian explícitamente en contra del desarrollo agrícola *sostenible* muestran que no solo están físicamente asentados sus territorios por proyectos de desarrollo, sino que también los están ocupando ontológica y epistémicamente (Escobar, 2016; Declaración de Kari-Oca 2, 2012; People’s Declaration, 2017).

Por lo tanto, las luchas en estos territorios –contra sus comunidades y su gente– *también* constituyen luchas epistemológicas. Muchos pueblos indígenas (véase la Declaración de Kari-Oca 2, 2012), académicos nativos (véase Tuck y Yang, 2012) y luchas a favor de la tierra y las y los campesinos (véase People’s Declaration, 2017) denuncian activamente las condiciones opresivas inherentes a estos proyectos de desarrollo y la forma en que estos demuestran una falta de respeto hacia los pueblos indígenas y locales al devaluar sus cosmovisiones, sitios sagrados, cementerios, lugares de enterramiento y ecosistemas que han organizado su vida desde hace decenas o cientos de años. La People’s Declaration (2017) de la campaña «No a ProSAVANA», por ejemplo, denuncia los proyectos capitalistas de desarrollo de agronegocios y exige en cambio otro modelo de producción en Mozambique; un modelo que esté basado en la cultura y el conocimiento de la vida campesina y el bienestar de las personas: «[R]echazamos el modelo de desarrollo excluyente y discriminatorio basado en el agronegocio que se nos impone, ya que se basa en la expansión y acumulación de capital por parte de los grandes inversores y (...) en la producción de beneficios y no del bienestar de los pueblos. Exigimos respeto por la cultura y el conocimiento de la clase campesina. Exigimos un proceso de discusión y creación de un plan de agricultura campesina, de abajo hacia arriba, donde los desafíos, necesidades y expectativas de los campesinos deberán ser discutidos» (ibídem).

Los intercambios desiguales entre culturas –la cultura del desarrollo (véanse Carrasco-Miró, 2017; Kapoor, 2008) y la cultura de la población local– implican la muerte del conocimiento de la cultura marginada y, por lo tanto, la erradicación de los grupos sociales que la poseen. Esta forma de violencia epistémica y racismo que se encuentra en las narrativas del desarrollo ha sido denominada por los académicos y pensadores poscoloniales, decoloniales y anticoloniales como la «colonización del conocimiento» (Fanon, 1963; Tuck y Wang, 2012). En este sentido, la noción de la CTSS de tierras «potenciales» o «no cultivadas» es derrochadora e ineficaz y, por lo tanto, su intervención abanderada por la solidaridad –el intercambio de conocimiento, el beneficio mutuo y el desarrollo sostenible– tiene vínculos con narrativas coloniales. Tuck y Yang (2012: 5) argumentan que, en el colonialismo de asentamientos, «las relaciones humanas con la tierra están restringidas a la relación del propietario con su propiedad. Las relaciones epistemológicas, ontológicas y cosmológicas con la tierra son (...) convertidas en premodernas y atrasadas. Son convertidas en salvajes». Por lo tanto, estas relaciones con la tierra, el agua, el aire, los océanos y la tierra subterránea (de aquí en adelante denominados «tierra») establecen fuertes conexiones entre proyectos coloniales pasados y presentes, y destacan cómo comprender una posición puede alterar el statu quo de complicidad con el racismo y colonización en curso de las vidas y los conocimientos de los pueblos indígenas,

nativos y campesinos. Con el uso de la tierra ligado a los beneficios, lo que se considera ineficaz y en contra del beneficio mutuo es lo antitético a la *adecuada* empresa capitalista, proporcionando una *evidencia* adicional de que los pueblos indígenas, nativos y campesinos están menos desarrollados, apoyando la idea de que la incautación de la tierra *potencial* está justificada o incluso destinada a suceder. El reclamo de universalidad que caracteriza el desarrollo sostenible (es decir, crecimiento económico y modernidad occidental) se muestra gradualmente como una simple forma de particularismo, cuya especificidad consiste en tener el poder de definir todos los conocimientos y visiones del mundo que son sus oponentes como ontológica y epistemológicamente inferiores –por ejemplo, tradicionales o subdesarrollados con tierras no cultivadas/desaprovechadas–. Sin embargo, defender la tierra no significa sacralizarla, sino reconstruirla para que pueda abarcar a todos los seres y objetos en su infinita diversidad, incluyéndonos a nosotros y nosotras mismas.

A partir de una ontología dualista del dominio humano sobre la llamada «naturaleza» –entendida como un «espacio inerte», «recursos» o «capital» para ser adquirida–, podríamos, por lo tanto, decir que las narrativas de solidaridad de la CTSS de intercambio de conocimiento, beneficio mutuo y desarrollo sostenible proporcionan los medios más efectivos para la ocupación ontológica y la potencial destrucción definitiva de los mundos y sus habitantes locales. Dentro de estas narrativas, se imponen los criterios de eficiencia, mercado y beneficio económico, mientras que los valores no capitalistas, ecológicos, culturales, religiosos, sagrados o estéticos se «dejan atrás». Medir la naturaleza solo en términos de capital no solo reduce el valor de la naturaleza misma a meros artefactos de instrumentalización técnica, también elimina cualquier posibilidad de diálogo público sobre su valorización (Carrasco-Miró, 2017). Las diferentes narrativas que las personas articulan sobre la importancia de un área natural –su flora, fauna y hábitat– y su riqueza ecológica –por ejemplo, la belleza de sus paisajes, cosmovisiones o lugares sagrados– se eliminan en esta dimensión del capital y se reducen a una singular escala de expresión, el precio. Por lo tanto, es en el contexto de estas narrativas de solidaridad que los potenciales inversionistas perciben a Brasil y Mozambique como «tierra abundante» con capital no explotado/cultivado y de oportunidades comerciales ilimitadas, así como países con una capacidad considerable para aumentar la producción agrícola a través de la expansión de las fronteras agrícolas existentes.

El reclamo de universalidad que caracteriza el desarrollo sostenible (es decir, crecimiento económico y modernidad occidental) se muestra gradualmente como una simple forma de particularismo, cuya especificidad consiste en tener el poder de definir todos los conocimientos y visiones.

Imaginarios sociales y el reclamo de similitud

El enfoque de solidaridad de la CTSS se basa no solo en un interés en el intercambio de conocimiento y el beneficio mutuo, sino también en un reclamo de similitud. La idea de que, como dijo una vez el exministro de relaciones exteriores brasileño, Celso Amorim, para mostrar cómo funciona la solidaridad común, «por cada problema africano haya una solución brasileña» (Amorim, 2016: 1), se ha convertido en un lema popular de la cooperación brasileña para el desarrollo en África. En el MdE Brasil-Mozambique-BM, por ejemplo, el BM (2017) establece que: «Brasil y Mozambique comparten muchos desafíos y oportunidades similares; ambos son reconocidos internacionalmente por sus recursos naturales, riqueza ecológica y zonas de gran biodiversidad, y ambos luchan contra los desafíos de explotación de recursos. Con experiencia en el apoyo a comunidades dependientes de recursos naturales y la gestión de grandes ecosistemas forestales, Brasil ofrece capacidad en áreas relevantes para los esfuerzos de Mozambique para mejorar las condiciones de vida de su población rural y promover la gestión sostenible de los recursos naturales» (WB, 2017: 1).

Asumir una equivalencia de intereses simplemente porque dos estados son considerados países en desarrollo o del Sur es ingenuo (Scoones *et al.*, 2016) y, sugiero, el término orientalista (Said, 1978). En la retórica del desarrollo, el Sur Global está representado como una categoría fija, pasando por alto las muchas diferencias (históricas, regionales, étnicas, lingüísticas e institucionales) que existen en el interior y entre esos países, comunidades y personas. No obstante, las narrativas de solidaridad de la CTSS hacen poco más que meramente generalizar y simplificar: esencializan, presentando una congruencia *natural* entre estados del Sur muy diferentes —así como entre sus problemáticas y su gente—. Las y los pensadoras poscoloniales y decoloniales (por ejemplo, Fanon, 1963; Mohanty, 1988) ya nos alertaron de que estos gestos esencialistas a menudo ocultan estereotipos sexistas, racistas y/o orientalistas, así como consolidan mecanismos de privilegio y posición dominante. Además, al *culturalizar* los problemas de países y comunidades, el enfoque de solidaridad de la CTSS no aborda los problemas estructurales más profundos e ignora, de esta manera, las raíces coloniales, de género, históricas, económicas y sociales de estas problemáticas y solidaridades, y oculta, una vez más, a los culpables que juegan con el sistema en su beneficio.

En la CTSS entre Brasil, Mozambique y el BM, dos paisajes diferentes se encuentran en el corazón de los imaginarios sociales movilizados en torno a la solidaridad entre Brasil y Mozambique para el desarrollo agrícola: el «milagro del *Cerrado*» en Brasil (The Economist, 2010), basado en una central agrícola —«potencia» de exportación internacional (WB, 2009)—, y la sabana del norte de Mozambique, la región del Corredor de Nacala. En lo referente a la CTSS, después

de una gran campaña para comercializar varios modelos brasileños de desarrollo agrícola (Cabral *et al.*, 2016), los principales responsables políticos y de desarrollo de Mozambique se han convertido en entusiastas discípulos de la creencia de que los agronegocios brasileños podrían ayudar a hacer la central agrícola del *Cerrado* una realidad en el Corredor de Nacala en Mozambique (Shankland y Gonçalves, 2016). Este proceso ha sido respaldado por agencias de desarrollo como el BM y las Naciones Unidas. El BM, por ejemplo, ha promovido con entusiasmo el paisaje imaginario de «la “Sabana de Guinea” de África» (WB, 2009: 5), definiéndolo como un «gigante dormido» (ibídem: 1) que está pidiendo a gritos desarrollo e inversión en agricultura comercial para despertar su *potencial*. Se lanzaron varias campañas para vender la idea de transformar a Mozambique en un exportador agrícola, alentando la inversión internacional, particularmente desde Brasil (Rincón y Mançano, 2017). Estas campañas, con sus historias asociadas sobre el potencial de millones de hectáreas *disponibles* para los agricultores brasileños en Mozambique, alertaron a los grupos de base y generaron solidaridad en ambos países sobre lo que pronto se caracterizó como una gran amenaza de apropiación de tierras (Clements y Mançano, 2013; People’s Declaration, 2017). Estas preocupaciones se vieron agravadas por las referencias al imaginario social del *Cerrado* brasileño como modelo a ser replicado en Mozambique.

Dado que la CTSS entre Brasil, Mozambique y el BM se basa en un reclamo de similitud –la reproducción del modelo agrícola del *Cerrado* en el Corredor de Nacala en Mozambique–, es clave preguntarse si alguna de las afirmaciones sobre la creación de empleo, sostenibilidad, seguridad alimentaria y mitigación de la pobreza fueron en realidad alcanzadas por los monocultivos en expansión de las empresas de soja y agronegocios en el *Cerrado* brasileño en las últimas tres décadas. Esta pregunta es especialmente relevante dado que tales promesas de la agricultura capitalista en Brasil siguen sin cumplirse y son muy controvertidas desde posiciones diferentes y fragmentadas en la política interna brasileña (Rincón y Mançano, 2017). Además, hoy Brasil tiene uno de los sistemas de reparto de la tierra más desiguales del mundo, con solo el 1,5% de los propietarios de tierras rurales que poseen efectivamente el 52,6% de todas las tierras agrícolas (DATALUTA, 2012). Diversas investigaciones muestran que los beneficios para pequeños agricultores y campesinos del modelo brasileño de capitalismo agrario han sido relativamente limitados (Cabral *et al.*, 2016), mientras que el impacto en la rica diversidad natural y bosques del país ha sido devastador. Muchos estudios, informes y datos (por ejemplo, Clements y Mançano, 2013; Relatório de Insustentabilidade, 2015) revelan la deforestación extensa, el desplazamiento de productores rurales y comunidades indígenas, la erosión y la compactación del suelo, así como la contaminación de los recursos hídricos regionales debido al uso intensivo de pesticidas y fertilizantes químicos en la producción de cultivos comerciales. Además, como argumentan Clements y Mançano (2013: 8), la «producción

mecanizada de soja y caña de azúcar, o cualquier otro producto agrícola, no genera una abundancia de oportunidades de empleo directo y, a menudo, no puede proporcionar trabajo suficiente para todas las personas que han sido desplazadas por los monocultivos impuestos». Según Altieri y Bravo (2009), en Brasil, por cada nuevo trabajador empleado en la producción de soja, 11 trabajadores empleados en el sector agrícola son desplazados.

Sin embargo, en lugar de ajustar el imaginario del paisaje brasileño para adaptarse a la realidad de la región del Corredor de Nacala en Mozambique, ha sido el Corredor en sí el que ha sido redefinido. Los patrones de inversión vinculados en ciertas áreas, especialmente a lo largo de los corredores en general, permiten que corporaciones muy diversas vinculen logística e infraestructura –por ejemplo, en los sectores de la minería y la agroindustria–. Como ejemplo de esto, detrás del muy contro-

Las narrativas de solidaridad de la CTSS, basadas ostensiblemente en los principios de aprendizaje mutuo y beneficios conjuntos para alcanzar los objetivos de la Agenda 2030, son en la práctica narrativas que operan dentro de los esquemas dominantes de agronegocios globales y acumulación de capital.

vertido plan maestro del proyecto Pro-SAVANA, en el equipo del Corredor de Nacala, se encontraba la consultora brasileña GV Agro –la división de consultoría de agronegocios de la importante escuela brasileña de negocios Fundação Getúlio Vargas–. GV Agro también está conectada con el gigante minero brasileño Vale Moçambique, que dedicó 4.400 millones de dólares

al proyecto del Corredor de Nacala (Shankland y Gonçalves, 2016), cuenta con el respaldo del BM y todavía está presente en el Corredor. Vale Moçambique (entre otros) está actualmente acusado de violaciones de los derechos humanos y ambientales, como el trabajo forzoso, el espionaje y las licencias ambientales irregulares (Relatório de Insustentabilidade, 2015). Sin embargo, GV Agro, Vale Moçambique y las redes de capital tanto brasileño como global con las que están asociados han estado mapeando el Corredor de Nacala desde mucho antes de que los acuerdos de la CTSS con los gobiernos de Mozambique y Brasil entraran en vigor.

Por lo tanto, las narrativas de solidaridad de la CTSS, basadas ostensiblemente en los principios de aprendizaje mutuo y beneficios conjuntos para alcanzar los objetivos de la Agenda 2030, son en la práctica narrativas que operan dentro de los esquemas dominantes de agronegocios globales y acumulación de capital. Las intervenciones de la CTSS rara vez crean plataformas para un debate público y más sensible sobre agricultura sostenible y solidaridad. En cambio, reflejan las narrativas dominantes del desarrollo agrícola actual, que promueven la acumulación de capital, la penetración en el mercado y la integración de los pequeños agricultores en los circuitos del mercado global. En este sentido, los procesos subyacentes de la CTSS de Brasil, Mozambique y el BM en Mozambique –in-

cluido el reciente MdE– comparten muchas similitudes con los imperativos de acumulación de los agronegocios de otros lugares. Esto plantea la pregunta de quién asume los riesgos relacionados con las adquisiciones de tierras agrícolas a gran escala y la agroindustria extranjera en Mozambique.

¿Quién tiene la responsabilidad de los resultados?

En octubre de 2017, la III Conferencia Triangular de los Pueblos, organizada por la Campaña «No a ProSAVANA», reunió a unas 200 personas, entre ellas campesinas, representantes de movimientos sociales, ONG, organizaciones confesionales, académicos, estudiantes, activistas y miembros de dicha campaña de Mozambique, Brasil y Japón. Su objetivo era «reflexionar profunda y democráticamente sobre el modelo de desarrollo de Mozambique» (People's Declaration, 2017: 1) y exigir que alguien asumiera la responsabilidad por los resultados injustos actuales del proyecto de agronegocios en el Corredor de Nacala. Ante las crecientes críticas al proyecto ProSAVANA, especialmente a la forma en que la Agencia de Cooperación Internacional del Japón (JICA, por sus siglas en inglés) y el Gobierno de Mozambique han llevado a cabo todo el proceso del proyecto y han causado daños físicos y emocionales a personas y comunidades, un grupo de campesinos y las organizaciones de la sociedad civil –incluidas las organizaciones de la sociedad civil japonesa– abrieron un caso de objeción contra la JICA en 2017 y presentaron una queja ante un comité independiente de examinadores con sede en Tokio. Las acusaciones incluyen persecución, intimidación, chantaje y amenazas, así como también promoción de divisiones entre grupos de la sociedad civil que se oponen a ProSAVANA y proyectos relacionados con los agronegocios en Mozambique (JICA, 2017). A pesar de que Japón no tiene parte oficial en el nuevo MdE Brasil-Mozambique-BM sobre el Corredor de Nacala, y las intervenciones de desarrollo japonesas más recientes ya no están clasificadas oficialmente como parte de ProSAVANA, las empresas japonesas continúan invirtiendo, junto con la compañía minera brasileña Vale Moçambique, en la infraestructura que convertirá al Corredor de Nacala en una «atractiva potencia» agrícola (Shankland y Gonçalves, 2016).

Esta división de los proyectos de agronegocios en el Corredor de Nacala ha permitido ocultar que los conflictos por la tierra estén vinculados al contencioso ProSAVANA y a los proyectos de agronegocios relacionados, como los mencionados en el nuevo MdE. De esta forma, el papel y la responsabilidad del capital transnacional en el Corredor se ha vuelto menos visible –y, por lo tanto, menos sujeto a demandas

de rendición de cuentas pública–, al ser eliminado de la versión oficial de lo que los proyectos de agronegocios de desarrollo representan en el Corredor de Nacala. En ese sentido, el MdE Brasil-Mozambique-BM no se ha traducido en cambios en la lógica de planes gubernamentales y corporativos más amplios para la zona, ni ha significado una inclusión más efectiva de las organizaciones y comunidades de la sociedad civil, a pesar de haber declarado su compromiso al respecto. Tampoco hay ninguna respuesta oficial con respecto a la rendición de cuentas y la responsabilidad por las diversas violaciones de los derechos humanos y otras reclamaciones de las comunidades, es decir, de las y los campesinos y organizaciones de la sociedad civil afectadas por estos proyectos. Esto constituye y refuerza lo que podría denominarse una arquitectura de la impunidad corporativa.

Estudio crítico del enfoque de desarrollo sostenible

La arquitectura de la impunidad corporativa

El 26 de junio de 2014, el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas adoptó la resolución 26/9, por la cual decidió «establecer un grupo de trabajo intergubernamental de composición abierta sobre empresas transnacionales y otras empresas comerciales con respecto a los derechos humanos, cuyo mandato será elaborar un instrumento internacional jurídicamente vinculante para regular, en el marco del derecho internacional en materia de derechos humanos, las actividades de las empresas transnacionales y otros negocios» (United Nations Human Rights Council, 2018: 1). Sin embargo, Estados Unidos –principal accionista y el país con mayor poder de voto en el BM– no reconoció la votación de la resolución ni participó en los grupos de trabajo de Naciones Unidas. Por su parte, el papel de esta organización internacional ha sido –junto con la UE– el de bloquear el debate creando largos procesos burocráticos, cuestionando la ambigüedad de los textos y planteando más preguntas sobre los procesos utilizados y las diferentes formas en que la resolución puede ser interpretada (González *et al.*, 2018; Pérez, 2017). Todos estos factores respaldan la idea de la existencia de una arquitectura de impunidad corporativa que antepone el beneficio privado de una pequeña minoría al interés general de las mayorías sociales. Este mecanismo crea una ley corporativa global por la cual las empresas transnacionales obtienen derechos con obligaciones reducidas que están limitadas a la legislación nacional y protegidas por regulaciones internacionales débiles sobre derechos humanos y laborales (Plaza y Ramiro, 2016), así como sobre la protección

del planeta. En este sentido, se necesita con urgencia un nuevo marco normativo internacional y propuestas alternativas que coloquen los derechos de las personas y la naturaleza, al menos, al mismo nivel que los de las empresas transnacionales.

Los donantes bilaterales y multilaterales –y el BM en particular– permanecen en silencio en las discusiones globales sobre la rendición de cuentas y la responsabilidad de las empresas transnacionales. Sin embargo, la influencia corporativa se manifiesta en y a través del BM (Inclusive Development International [IDI], 2017). En los últimos seis años, la Corporación Financiera Internacional (IFC, por sus siglas en inglés), el brazo del sector privado del BM, ha canalizado más de 50.000 millones de dólares al sector financiero y sus inversiones a largo plazo en los llamados «intermediarios financieros» –como bancos comerciales y fondos privados– han aumentado dramáticamente (en un 45%) durante el mismo período (OXFAM, 2016). El BM-IFC también ha brindado apoyo financiero directo a corporaciones que desean desarrollar plantaciones industriales a gran escala, incluyendo «algunas de las apropiaciones de tierras más notorias en el continente [africano]» (IDI, 2017: 8), especialmente en el Corredor de Nacala. Según la organización IDI (ibídem) y OXFAM (2016), gran parte de las inversiones del BM-IFC en intermediarios financieros no se dirigen a pequeñas empresas administradas por empresarios locales que de otro modo no tendrían acceso a financiamiento, como afirma el MdE de CTSS entre Brasil, Mozambique y el BM. Por el contrario, las grandes inversiones se destinan a grandes corporaciones que poseen y operan ambiciosos proyectos de inversión de alto riesgo, incluyendo megapresas, plantaciones industriales de monocultivo, bauxita, carbón y otras minas, así como otros desarrollos comerciales a gran escala. Asimismo, IDI (2017) destaca numerosos casos en África, Asia y América Latina que muestran que las inversiones dañinas de alto riesgo son, de hecho, una característica común de la cartera de intermediarios financieros del BM-IFC y no pueden considerarse como meras excepciones. Hasta el momento, el tema de si el BM estará cubierto (o no) por instrumentos internacionales legalmente vinculantes diseñados para regular las actividades de organizaciones transnacionales no ha sido discutido en el grupo de trabajo de las Naciones Unidas sobre empresas transnacionales y otras empresas comerciales con respecto a los derechos humanos, por lo que la responsabilidad del BM permanece, una vez más, oculta.

Una de las problemáticas destacadas por las comunidades y organizaciones de la sociedad civil sobre los proyectos de desarrollo de agronegocios en el Corredor de

Se necesita con urgencia un nuevo marco normativo internacional y propuestas alternativas que coloquen los derechos de las personas y la naturaleza, al menos, al mismo nivel que los de las empresas transnacionales.

Nacala ha sido la opacidad de las agencias responsables de los proyectos y la falta de información (People's Declaration, 2017; Shankland y Gonçalves, 2016). Las normas de confidencialidad y privacidad que prohíben la divulgación de inversiones son uno de los argumentos utilizados por el BM para explicar por qué no puede hacer que su cartera sea más transparente y responsable (OXFAM, 2016). Sin embargo, este tipo de excusas son cada vez más frágiles, ya que van surgiendo más casos en los que las comunidades locales han sido desplazadas por la fuerza, su población empobrecida y los bosques y ríos devastados por proyectos financiados por clientes del BM-IFC (OXFAM, 2016; véanse también IDI, 2017; Human Rights Watch, 2014). Estas formas generalizadas y graves de violencia muestran cómo el BM-IFC y sus clientes no están cumpliendo la promesa sobre la que se basa su modelo de desarrollo sostenible, esto es, que las inversiones del sector financiero del BM no sean simplemente rentables, sino también responsables y sostenibles, respetando las comunidades locales y la naturaleza. Dado que el BM-IFC no divulga públicamente el uso final de dichos fondos, esta institución puede enmarcar acuerdos en términos de creación de empleo y reducción de la pobreza (OXFAM, 2016), aunque en realidad los fondos fluyan a menudo a proyectos que quebrantan dichos objetivos. Además, crecientes evidencias muestran que el BM tiene poco control sobre cómo se gasta una gran cantidad de este dinero (ibídem); una falta de responsabilidad que está teniendo un impacto devastador en muchas comunidades y personas empobrecidas. Como los objetivos declarados del BM son acabar con la pobreza y promover la prosperidad y el bienestar compartidos, sería apropiado que el BM, junto con sus clientes del sector financiero, comiencen a asumir una mayor responsabilidad por estos resultados y aseguren que sus inversiones, más que dañar, beneficien a las personas, a sus comunidades y a la naturaleza.

El conflicto entre capital y vida

El enfoque de solidaridad de la CTSS se enmarca dentro de un destino común: «el logro de los objetivos de desarrollo internacionalmente acordados, incluida la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible» (UNOSCC, 2018: 1). Sin embargo, ¿qué debe sostenerse en el desarrollo sostenible? (Carrasco-Miró, 2017). En la última década, se ha puesto de manifiesto que la crisis alimentaria, ambiental y energética, la especulación financiera, la apropiación de la tierra, la expansión desordenada de las fronteras agrícolas, la explotación de los recursos naturales, la escasez y la privatización del agua, la violencia en el campo, la expulsión de poblaciones de sus tierras ancestrales, los feminicidios, las enfermedades inducidas por un ambiente degradado, etc. se articulan cada vez más y son manifestaciones de la misma crisis que, por su escala y amplitud, se presenta como

una «crisis civilizatoria» (Pérez Orozco, 2014: 22; véanse también Klein, 2014; Pérez Orozco, 2017). La economía feminista ha argumentado que los reclamos y proyectos de desarrollo sostenible que apuntan a conciliar la sostenibilidad del planeta con el crecimiento económico se basan en un conflicto estructural e irresoluble entre el capital y la vida, incluso si Naciones Unidas y el BM, entre otros donantes, pudieran intentar sostener lo contrario (Carrasco-Miró, 2017; Pérez Orozco, 2017). O el proceso de acumulación de capital está garantizado, o el proceso de sostenibilidad de la vida está garantizado.

La vida no es algo abstracto; más bien, la vida es la vida del planeta y es la vida de las personas. El capital tampoco es algo abstracto: hay estructuras concretas y personas específicas detrás de él. Sin embargo, el papel fundamental desempeñado por los estados-nación y las organizaciones de desarrollo como los principales actores de la mediación en este conflicto capital-vida —ahora a través de la modalidad de desarrollo de la CTSS— finalmente termina derivando hacia la inhibición de la existencia de una responsabilidad colectiva por la sostenibilidad de la vida, una responsabilidad que,

El conflicto capital-vida se ha vuelto más visible y descarnado que nunca, a pesar del hecho de que las narrativas y estrategias de desarrollo lo camuflan bajo «nuevas asociaciones» (o CTSS).

paradójicamente, estos actores dicen se debe exigir. Como se muestra en las secciones anteriores, estos actores apoyan, por el contrario, un conjunto de estructuras y mecanismos por los cuales las corporaciones transnacionales tienen el poder de imponer sus intereses globalmente, los cuales entran en conflicto con la vida en su totalidad (véase, por ejemplo, People's Declaration, 2017). Por lo tanto, la comprensión que tiene el desarrollo sobre la vida es, de hecho, una contradicción directa con la vida misma. En última instancia, el desarrollo es un campo absolutamente permeado por las relaciones de poder, y la CTSS está igualmente implicada en esta dinámica. Las élites específicas que poseen cierto capital pueden convertir sus vidas en aquellas dignas de ser vividas, mientras que las vidas de la mayoría permanecen confinadas al terreno de los «dejados atrás». Esta tensión entre priorizar las vidas de solo unos pocos sujetos, por un lado, y convertir la vida en un sentido multidimensional y colectivo como objetivo primario y final, por otro, representa, en mi punto de vista, la disputa preeminente en la actualidad en la mesa de la ayuda al desarrollo.

Las transformaciones económicas y políticas globales de la última década en el campo del desarrollo y la ayuda internacional pueden leerse como una intensificación del conflicto capital-vida de tres maneras. En primer lugar, a través de la invasión y ocupación física, ontológica y epistemológica de los territorios y sus comunidades por la expansión global y la acumulación de capital. Esto incluye la apropiación y privatización de la vida colectiva, la destrucción de la subsistencia y las economías no capitalistas o poscapitalistas, y la aniquilación de los conocimientos

tos y culturas de estas poblaciones y su forma de relacionarse, tanto con los demás como con la naturaleza. Las formas legales, económicas y políticas son destruidas y subordinadas por esta ocupación colonial. En segundo lugar, a través de la mercantilización de la vida (Pérez Orozco, 2014 y 2017), lo que implica una creciente penetración de las fuerzas del mercado bajo la lógica de la acumulación de capital y el (neo)extractivismo, con nuevos tratados de inversión y comercio que adoptan distintas modalidades, incluida la CTSS –un proceso que tiene lugar en todos los aspectos de la vida, también la naturaleza–. Finalmente, en tercer lugar, la *financiarización* de la economía, que ha provocado que el ciclo de valorización financiera se imponga a los ciclos más amplios del capital. Al mismo tiempo, el conflicto actual entre capital y vida no puede reducirse a una regulación mejor o peor de los mercados o políticas, y a agendas *greenwashing* o ecoblanqueadas de desarrollo (Carrasco-Miró, 2017); más bien, abarca estructuras socioeconómicas enteras y, en un sentido más amplio, todo el proyecto de desarrollo modernizador.

Por lo tanto, el conflicto capital-vida se ha vuelto más visible y descarnado que nunca, a pesar del hecho de que las narrativas y estrategias de desarrollo lo camuflan bajo «nuevas asociaciones» (o CTSS). En este sentido, es crucial pensar la vida desde la vida misma. Esto abre un número casi infinito de preguntas que desafían la pregunta reduccionista de cómo crear más trabajos. En otras palabras, el bienestar (o lo contrario) es una experiencia multidimensional y compleja que no se entiende solo a través del acceso al salario. Afirmar esto no es un obstáculo para reconocer que habitar el marco de desarrollo actual nos obliga a enfrentar la cuestión de cómo esa vida se vuelve parte de los procesos de valorización y cómo aquel interviene en la definición o el condicionamiento de los procesos vitales (ya que condiciona la comprensión de una vida que vale la pena vivir). ¿Cuáles son, si las hay, las alternativas al marco de desarrollo actual? ¿Dónde dirigir las? ¿Es posible imaginar la solidaridad de otra manera?

Observaciones finales: descolonizar la solidaridad

La solidaridad debe estar dirigida hacia la descolonización. Esto significa «construir las condiciones para un tipo diferente de encuentro que se opone a la colonización en curso y busca sanar los estragos sociales, culturales y espirituales de la historia colonial» (Gaztambide-Fernández, 2012: 42). Esta invitación requiere abandonar el enfoque de solidaridad del desarrollo, basado en la similitud, el cálculo racional del interés propio o los «beneficios mutuos» y el desarrollo sostenible

(es decir, el crecimiento económico y la modernidad) como un destino común. También requiere ir más allá de las identificaciones esencialistas y orientalistas que tienen consecuencias políticas significativas y, a menudo, negativas. Significa reconocer que el desarrollo es en sí mismo un sitio para la producción de la diferencia y no simplemente un punto de recepción y mediación a través del cual se ponen en contacto múltiples culturas entre sí. En este sentido, descolonizar la solidaridad se opone a las expresiones de solidaridad del desarrollo que trabajan en gran medida para exculpar, exonerar o ignorar la complicidad en la colonización y el racismo en curso, profundizando así las desigualdades y reforzando la injusticia. En otras palabras, descolonizar la solidaridad implica rechazar un proyecto que ataca la vida.

Descolonizar la solidaridad tiene que ver, asimismo, con la política de (re)imaginar el futuro. Particularmente, la solidaridad en relación con la descolonización trata de poner en el centro la sostenibilidad de la vida y, por extensión, construir un mundo que no se base en la exclusión. Se trata, por lo tanto, de entender la vida como premisa de la relación entre la *diferencia* y la *interdependencia*, en lugar de la similitud y el cálculo racional de los intereses propios. Dado que la vida está en el

La solidaridad debe estar dirigida hacia la descolonización; requiere abandonar el enfoque de solidaridad del desarrollo, basado en la similitud, el cálculo racional del interés propio o los «beneficios mutuos». En otras palabras, descolonizar la solidaridad implica rechazar un proyecto que ataca la vida.

centro de la disputa, es a partir de la sostenibilidad de la vida que deben organizarse las resistencias y solidaridades. Esto permite la democratización y sostiene la solidaridad. Aunque comprometidas en principio con la sostenibilidad de la vida, las solidaridades en su relación con la descolonización no pueden determinar a priori qué tipos de reivindicaciones son relevantes para una instancia determinada, como en el slogan «por cada problema africano existe una solución brasileña», porque tales reclamos dependen de las particularidades y complejidades de los deseos y necesidades locales. Por lo tanto, es necesario comprender, por un lado, cómo la política de imaginar el futuro y la solidaridad está infectada por su contexto y, por el otro, qué tipo de conocimiento contextual necesitan quienes deseen enfrentarse a las políticas de solidaridad en diferentes contextos. Esto requiere un giro hacia un conjunto diferente de términos para abordar las diferencias que no incluye el lenguaje vacío del desarrollo, ni su enfoque capitalista, ni basado en Occidente.

Como contribución a los debates feministas actuales sobre la descolonización de la solidaridad en la era del neoliberalismo (véase Mohanty, 2017), aquí se proponen dos posibles parámetros descolonizadores para articular la solidaridad desde la sostenibilidad de la vida. El primero se refiere a la comprensión de la actual rearticulación del proyecto de desarrollo moderno desde sus dimensiones colonial, capitalista y patriarcal. Partir de la sostenibilidad de la vida nos permite reconocer que

la intensificación de la violencia y sus múltiples formas (corporativas, patriarcales, coloniales, etc.) se encuentran en el centro de la disputa actual y que se pueden trazar los vínculos entre ellas. El segundo se relaciona con las alternativas ya existentes al actual sistema económico global injusto –enraizadas en territorios y centradas en la sostenibilidad de la vida– y las que están surgiendo cada vez más. Pero estas alternativas tienen que combinarse con estrategias de solidaridad que articulen estas economías territorializadas y busquen otras formas diferentes a las concepciones capitalistas de los desarrollos de integración regional. Por lo tanto, lo que está en juego es una ruptura concreta con los modelos desarrollistas y extractivistas actuales de cooperación y ayuda internacional que atacan la vida, y la búsqueda de un nuevo patrón de cooperación internacional, esto es, una cooperación en asociación con la descolonización que coloque la sostenibilidad de la vida firmemente en su centro.

Referencias bibliográficas

- Altieri, Miguel A. y Bravo, Elizabeth. «The Ecological and Social Tragedy of Crop-based Biofuel Production in the Americas». En: Jonasse, Richard (ed.). *Agrofuels in the Americas*. Oakland, CA: Food First Books, 2009, p. 15-24.
- Amanor, Kojo. «South–South cooperation in Africa: Historical, geopolitical and political economy dimensions of international development». *IDS Bulletin*, vol. 44, n.º 4 (2013), p. 20-30.
- Amanor, Kojo y Chichava, Sérgio. «South-South Cooperation, Agribusiness, and African Agricultural Development: Brazil and China in Ghana and Mozambique». *World Development*, vol. 81, (2016), p. 13-23.
- Amorim, Celso. «Brazil is too important to stay out of global issues». Instituto Lula (5 de julio de 2016) (en línea) <http://www.instituto lula.org/en/brazil-is-too-important-to-stay-out-of-global-issues-says-celso-amorim>
- Cabral, Lúcia; Favareto, Arilson; Mukwereza, Langton y Amanor, Kodjo. «Brazil's Agricultural Politics in Africa: More Food International and the Disputed Meanings of 'Family Farming'». *World Development*, vol. 81 (2016), p. 47-60.
- Carrasco-Miró, Gisela. «EcoSIMies of Care: A Proposal for Decolonizing 'Sustainable Development'». *Insurgencies from the South and Human Right: From the European South*, n.º 2 (2017), p. 89-108.
- Cheru, Fantu. «Emerging Southern Powers and New Forms of South–South Cooperation: Ethiopia's Strategic Engagement with China and India». *Third World Quarterly*, vol. 37, n.º 4 (2016), p. 592-610.
- Clements, Alice Elisabeth y Mançano Fernandes, Bernardo. «Land Grabbing, Agribusiness and the Peasantry in Brazil and Mozambique». *Agrarian South: Journal of Political Economy*, vol. 2, n.º 1 (2013), p. 41-69.

- DATALUTA. «Relatorio Brasil 2011». Núcleo de Estudos, Pesquisas e Projetos de Reforma Agrária, (octubre de 2012) (em línea) http://docs.fct.unesp.br/nera/projetos/dataluta_brasil_2011.pdf
- ECOSOC. «The Evolution of South-South Development Cooperation: Its Role in the Implementation of the 2030 Agenda and the Paris Agreement on Climate Change». *DCF Policy Briefs*, n.º 17 (septiembre de 2017).
- Escobar, Arturo. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press, 1995.
- Escobar, Arturo. «Thinking-Feeling with the Earth: Territorial Struggles and the Ontological Dimension of the Epistemologies of the South». *Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 11, n.º 1 (2016), p. 11-32.
- Fanon, Frantz. *The Wretched of the Earth*. Nueva York: Grove Press, 1963.
- Gaztambide-Fernández, Rubén A. «Decolonization and the pedagogy of solidarity». *Decolonization: Indigeneity, Education & Society*, vol. 1, n.º 1 (2012), p. 41-67.
- González, Erika; Hernández, Juan y Ramiro, Pedro. «Regular las empresas para defender los derechos humanos: un desafío global». *Pueblos. Revista de información y debate*, n.º 76 (febrero de 2018) (en línea) <http://www.revista-pueblos.org/blog/2018/03/05/regular-a-las-empresas-para-defender-los-derechos-humanos-un-desafio-global/>
- Human Rights Watch. «How Can We Survive Here? The impact of Mining on Human Rights in Karamoja, Uganda». *Human Rights Watch*, (febrero de 2014) (en línea) https://www.hrw.org/sites/default/files/reports/uganda0214_insertWithcover.pdf
- IDI-Inclusive Development International. «Unjust Enrichment: How the IFC Profits from Land Grabbing in Africa». *IDI*, (abril de 2017) (en línea) <https://www.inclusivedevelopment.net/wp-content/uploads/2017/04/Outsourcing-Development-Africa.pdf>
- IFAD-International Fund for Agricultural Development. «IFAD's Approach to South-South and Triangular Cooperation». *IFAD*, (23 de noviembre de 2016) (en línea) <https://webapps.ifad.org/members/eb/119/docs/EB-2016-119-R-6.pdf>
- JA! Justica Ambiental. «Justiça Ambiental/FOE Mozambique's Position on the ProSAVANA Program». *JA4Change* (28 de enero de 2013) (en línea) <https://ja4change.wordpress.com/2013/01/28/justica-ambientalfoe-mozambiques-position-on-the-prosavana-program/>
- JICA-Japan International Cooperation Agency. «Investigation Report. The Support for Agricultural Development Master Plan for Nacala Corridor. In The Republic of Mozambique». JICA, (noviembre de 2017) (en línea) https://www.jica.go.jp/english/our_work/social_environmental/objection/c8h0vm0000b81di4-att/mozambique_01_06.pdf

- Kapoor, Ian. *The Postcolonial Politics of Development*. Londres: Routledge, 2008.
- Kari-Oca 2 Declaration. «Indigenous Peoples Conference on Rio+20 and Mother Earth». *Indigenous Environmental Network*, (17 de junio de 2012) (en línea) <http://www.ienearth.org/docs/DECLARATION-of-KARIOCA-2-Eng.pdf>
- Klein, Naomi. *This Changes Everything*. Nueva York: Simon & Schuster, 2014.
- Mohanty, Chandra. «Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourse». *Feminist Review*, n.º 30 (1988), p. 61-88.
- Mohanty, Chandra. «Preface: Toward a Decolonial Feminism for the 99 Percent». En: McLaren, Margaret (ed.). *Decolonising feminism: Transnational Feminism and Globalization*. Londres: Rowman Littlefield International, 2017, p. vii–xi.
- Ouma, Stefan. «Situating Global Finance in the Land Rush Debate: A Critical Review». *Geoforum*, vol. 57 (2014), p. 162-166.
- OXFAM. *Our Land, Our Lives: Time Out on the Global Land Rush*. OXFAM Briefing Note, (octubre de 2012) (en línea) https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/bn-land-lives-freeze-041012-en_1.pdf
- OXFAM. *Owning the Outcomes: Time to Make the World Bank Group's Financial Intermediary Investments More Accountable*. OXFAM Briefing Note, (octubre de 2016) (en línea) https://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/file_attachments/bn-ifc-owning-outcomes-031016-en_0.pdf
- People's Declaration. «No to ProSavana Campaign: Peoples' Declaration». *Farmlandgrab* (25 de octubre de 2017) (en línea) <https://www.farmlandgrab.org/post/view/27603-no-to-prosavana-campaign-peoples-declaration>
- Pérez Orozco, Amaia. *Subversión feminista de la economía*. Madrid: Traficantes de sueños, 2014.
- Pérez Orozco, Amaia. *Aprendizajes de las resistencias feministas latinoamericanas a los tratados de comercio e inversión*. Madrid: Observatorio de Multinacionales en América Latina–Paz con Dignidad, 2017.
- Plaza, Beatriz y Ramiro, Pedro. *Justicia privatizada: El Estado español y los mecanismos de resolución de controversias inversor-Estado, Ecologistas en Acción*. Madrid: Observatorio de Multinacionales en América Latina–Paz con Dignidad, 2016 (en línea) http://omal.info/IMG/pdf/justicia_privatizada_-_informe_final.pdf
- Relatório de Insustentabilidade. «Relatório de Insustentabilidade 2015». *Instituto PACS*, (2015) (en línea) www.pacs.org.br/files/2015/04/Relatorio_pdf.pdf
- Rincón, Luis Felipe y Mançano, Bernardo. «Agrarian Change by the BRICS' Large-Scale Investments in the Global Agrarian South: Focus on Brazil, Colombia and Mozambique». *The 5th International Conference of the BRICS*

- Initiative for Critical Agrarian Studies*, (13-16 de octubre de 2017) (en línea) <https://www.iss.nl/sites/corporate/files/2017-11/BICAS%20CP%205-42%20Rincon%20and%20Fernande.pdf>
- Said, Edward. *Orientalism*. New York: Pantheon Books, 1978
- Scoones, Ian; Amanor, Kojo; Favareto, Arilson y Qi, Gubo. «A New Politics of Development Cooperation? Chinese and Brazilian Engagements in African Agriculture». *World Development*, vol. 81 (2016), p. 1-12.
- Shankland, Alex y Gonçalves, Euclides. «Imagining Agricultural Development in South-South Cooperation: The Contestation and Transformation of ProSAVANA». *World Development*, vol. 81 (2016), p. 35-46.
- The Economist. «Brazilian Agriculture: The Miracle of the Cerrado». *The Economist*, (26 de agosto de 2010) (en línea) <https://www.economist.com/node/16886442>
- Treguer, David y Pehu, Eija. «Moving toward a sustainable landscape approach to development». *Agriculture and environmental services note*, n.º 12 (2014) (en línea) <http://documents.worldbank.org/curated/en/819501468151511677/Moving-toward-a-sustainable-landscape-approach-to-development>
- Tuck, Eve y Yang, Wayne, K. «Decolonization Is Not a Metaphor». *Decolonization: Indigeneity, Education & Society*, vol. 1, n.º 1 (2012), p. 1-40.
- UN-United Nations. «Resolution Adopted by the General Assembly. Transforming Our World: The 2030 Agenda for Sustainable Development». *UN, A/RES/70/1*, (25 de septiembre de 2015) (en línea) http://www.un.org/en/development/desa/population/migration/generalassembly/docs/globalcompact/A_RES_70_1.pdf
- United Nations Human Rights Council. «Open-ended intergovernmental working group on transnational corporations and other business enterprises with respect to human rights». *OHCHR*, (2018) (online) <http://www.ohchr.org/EN/HRBodies/HRC/WGTransCorp/Pages/IGWGOntnc.aspx>
- UNOSCC-United Nations Office for South-South Cooperation. «About South-South and Trilateral Cooperation». UNOSCC, (2018) (en línea) <https://www.unsouthsouth.org/about/about-sstc/>
- WB-World Bank. «Awakening Africa's Sleeping Giant Prospects for Commercial Agriculture in the Guinea Savannah Zone and Beyond». (2009) (en línea) https://siteresources.worldbank.org/INTARD/Resources/sleeping_giant.pdf
- WB-World Bank. «Rising Global Interest in Farmland». (2011) (en línea) <https://siteresources.worldbank.org/DEC/Resources/Rising-Global-Interest-in-Farmland.pdf>

WB-World Bank. «Collaborating Across Continents: Mozambique, Brazil and the World Bank Deepen South-South Cooperation on Sustainable Rural Development». *WB*, (15 de mayo de 2017) (en línea) <http://www.worldbank.org/en/news/feature/2017/05/15/collaborating-across-continents-mozambique-brazil-and-the-world-bank-deepen-south-south-cooperation-on-sustainable-rural-development>

WFP-World Food Programme. «South-South and Triangular Cooperation for Food Security and Nutrition». *WFP*, (octubre de 2016) (en línea) http://documents.wfp.org/stellent/groups/public/documents/communications/wfp289623.pdf?_ga=1.239290571.938730172.1483120418